

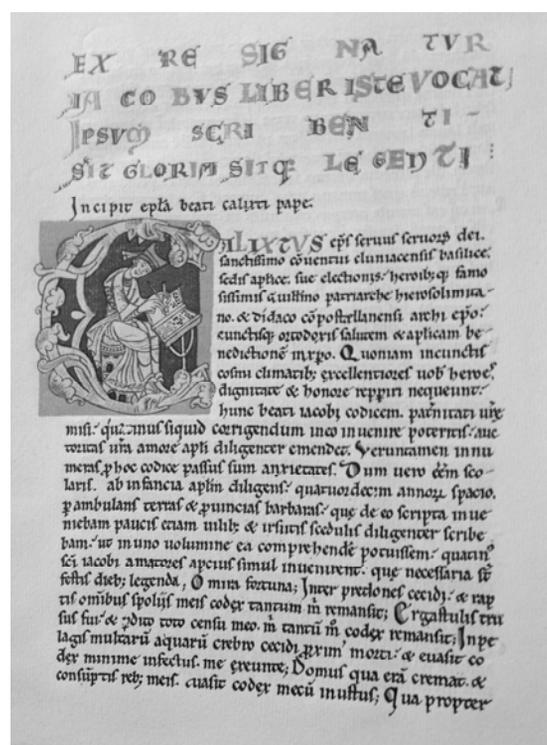


# LEYENDAS ÉPICAS CAROLINGIAS EN LA RUTA JACOBEA MILÓN DE ANGLERIS EN SAHAGÚN

H. Salvador Martínez

Entre las varias teorías que se propusieron a finales del siglo XIX y primeros del XX para explicar los orígenes de la poesía épica, una de las más debatidas ha sido la del erudito francés Joseph Bédier, el cual sostenía que tanto las leyendas épicas como los mismos poemas habían nacido en el entorno de los santuarios y a lo largo de las rutas de peregrinación a los mismos<sup>1</sup>. Se postula con muy buenas razones que los autores de dichos poemas, o de las respectivas leyendas (especialmente las que se han transmitido por escrito), eran los monjes o los clérigos de la zona interesados en difundir la noticia de la existencia en su monasterio o iglesia de la tumba del héroe, o héroes, que se cantaban en el respectivo cantar de gesta. Bédier en su monumental trabajo recogió numerosas *chansons de geste* en las que la asociación con determinados santuarios y rutas de peregrinación es evidente, dando una importancia particular precisamente a las gestas carolingias que de alguna manera se hallan relacionadas con el Camino de Santiago tanto en su recorrido por Francia como por España. Para ello se sirvió como fuente principal del cuarto libro del *Codex Calixtinus*, conocido también como *Historia* o *Chronica Turpini*, que, como se sabe, fue escrito por un ficticio narrador francés que se autodenomina Turpin, “por la gracia de Dios arzobispo de Reims y constante compañero del emperador Carlomagno en España”<sup>2</sup>. La obra está dirigida a un personaje igualmente imaginario, Luitprando, deán de Aquisgran; y no es más que un relato sobre “cómo Carlomagno liberó del poder de los sarracenos la tierra española y gallega”, narrando los principales de sus “admirables hechos y sus laudables triunfos sobre los sarracenos españoles, que he visto con mis propios ojos al recorrer durante catorce años España y Galicia en unión de él y de sus ejércitos”<sup>3</sup>. En realidad es un centón *chansons de geste* francesas y leyendas carolingias, algunas

inventadas de sana planta para propagandar las hazañas y la santidad de Carlomagno<sup>4</sup>. La *Historia Turpini* es, como todo el mundo sabe, una maravillosa obra de ficción.



Sin entrar en el mérito de la teoría de Bédier, es evidente que la historia de nuestra poesía épica confirma la teoría del sabio francés: nuestros dos héroes épicos, que, a diferencia de los franceses fueron personajes de carne y hueso y no entes de ficción, y sus respectivos poemas estuvieron sin duda relacionados con santuarios y monasterios: el Cid, con Cardeña; y Fernán González, con Arlanza. Esto pudiera significar que en la composición de ambos cantares de gesta tuvieron que ver monjes de dichos monasterios. Del *Poema de Fernán González*, hoy nadie duda que el autor

fuese un monje del Monasterio Arlanza; del *Cantar de mio Cid*, sin embargo, los estudiosos no están tan seguros; aunque el “Per Abbat” del cual se habla al final del cantar como copista, pudiera también identificarse con un Pedro, abad de Cardeña.

Las líneas que preceden me sirven de preámbulo para introducir al lector en el tema específico de la poesía épica y las leyendas heroicas en torno al Monasterio de Sahagún, enclave preeminente en la ruta jacobea y centro de peregrinaciones a las tumbas de sus santos patronos San Facundo y San primitivo desde la alta Edad Media<sup>5</sup>. Entre las muchas leyendas heroicas que tienen por centro Sahagún y su monasterio voy a explorar en el presente artículo la de uno de los héroes carolingios más conocidos, Milón de Angleris, el cual engendró en Berta, hermana de Carlomagno, a Roldán, el mayor héroe de la épica francesa y protagonista de la *Chanson de Roland*<sup>6</sup>. Trataré de ilustrar cómo nace la leyenda, cómo se desarrolla, y cómo muere ante la crítica histórica que, basándose en la realidad, consiguió despojarla de sus galas de leyenda.

Empezaré, pues, con la transcripción del capítulo VIII de la *Historia del Monasterio de San Benito el Real de Sahagún* de Fr. Juan Benito Guardiola, publicada recientemente con ocasión del IX Centenario de la muerte de Alfonso VI, en la que se refleja el estado de la leyenda a finales del siglo XVI:

EN QUE SE TRATA CÓMO CARLOS MAGNO, REY DE FRANCIA, QUE DESPUÉS FUE EMPERADOR SEMPER AGUSTO DE LOS ROMANOS, REEDIFICÓ ESTE MONASTERIO SEGUNDA VEZ DESTRUIDO POR LOS MOROS

Todos los buenos autores concuerdan en que muerto Mauregato entró en el reyno por elección del rey Don Bermudo, primero deste nombre, el año 788, sin que ninguno dé la causa por qué fue excluido el Casto; aviendo sido ya antes elegido el rey Don Bermudo, fue casado con una señora llamada Doña Usenda, o Cenda; deste matrimonio tuvo un hijo llamado Ramiro, que después fue rey, y otro llamado Don García, y una hija llamada Doña Christina. Aunque todos le dan a este rey aver sido de gran corazón y muy valeroso, mas nadie cuenta hecho suyo en guerra por do lo demostrasse, ni cuentan tampoco otra cosa dél más de que dexó de su voluntad el reyno y lo dio a su sobrino Don Alonso el Casto, esto hizo por descargo de su conciencia. Avía sido ordenado diácono en su mocedad y assí le pareció que no debía tener el gobierno del reyno, sino ocuparse en el servicio de Dios y de su yglesia, que avía sido sólamete dedicado por

ser también monje que avía tomado el hábito en este monasterio, según está ya dicho; y por esto comúnmente es llamado este rey Don Bermudo el monje diácono.

El rey Don Alonso el Casto comenzó a reinar en el año de 791, a los catorce de setiembre, según que consta por una escritura original de privilegio del antiquísimo monasterio de San Vicente de Monforte que comienza por estas palabras: “Era octingentessima vigessima nona unctus est in regno Magnus Adefonsus, 18 kalendas octobris, era qua supra”. Todos lo entienden facillísimamente, mas todavía lo pondré en castellano: en la era de 829 fue unido en el reyno el gran rey Don Alonso, a los 14 de setiembre, en la era sobre dicha. Pero es de advertir quán grande era la necesidad que estos reynos de España tenían en los tiempos donde ahora llegamos del favor y ayuda de los príncipes christianos que por el universo orbe se hallassen para remediar los terribles males que los cathólicos y siervos de Dios padecían con la malicia, crueldad y potencia de los moros, capitales enemigos nuestros, de tal manera se avían enseñoreado de toda la tierra que, aunque los reyes de León reedificassen yglesias y alcançavan algunas victorias, mas volviendo los moros contra ellos con mayor ejército destruían todo lo que antes se avía recuperado y así nunca acababan los desdichados españoles de salir de la miserable serbidumbre que padescían y destas desventuras cupo muy gran parte a este monasterio, por quanto entonces otra vez lo avían destruido los moros.

Como fuesse avisado Carlos Magno, rey de Francia, que después vino a ser emperador de los romanos, varón bueno, sabio, valeroso y magnánimo determinó de poner remedio a estas desventuras y calamidades comenzando luego a ayuntar gentes y armadas contra los infieles y pasó en persona a España y vino sobre estas partes que tenían los moros ocupadas trayendo consigo muchos capitanes valerosos, entre los cuales fue uno muy nombrado y temido de los enemigos que se llamava Don Milón de Angleris, padre de Roldán y cuñado del mismo Carlos Magno; cerca desto que voy contando ay varias opiniones entre los historiadores, lo qual, según Pedro Mexía en la *Historia imperial*, c[apítulo] I de Henrico V, no es de maravillar que semejante cosa entre ellos acontezca, pues cada día leemos ver muchos hombres una cosa que acaesce y contarla los que se hallaron presentes en diferente manera, queriendo todos dezir verdad. Esto digo por algunos hombres tan incrédulos que si en los historiadores hallan alguna variedad tienen todo el cuento por mentira, lo qual es cierto demasiado rigor.

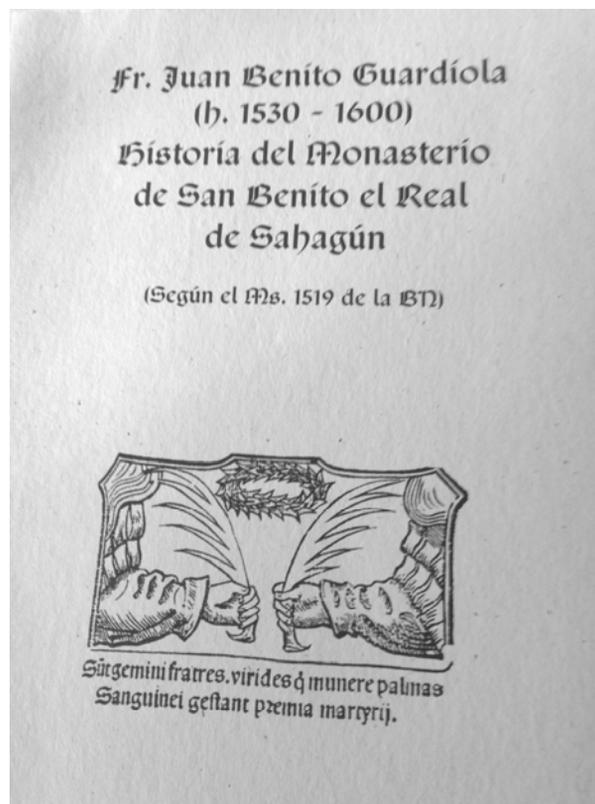
Volviendo pues a mi propósito, unos afirman que en tiempo del rey Don Alonso el II de León de este nombre, llamado el Casto, como viniessen Carlos Magno a España, salieron los españoles al encuentro y, viniéndose a encontrar los dos campos en la parte de los

montes Pirineos que se dize Roncesvalles, los españoles uvieron victoria muy afamada en que murió el valeroso Roldán, uno de los doze pares de Francia, y otros dellos, y Carlos Magno escapó huyendo para su reyno y señoría; otros, assí extrangeros como españoles, lo cuantan de diferente manera diziendo lo que yo antes propuse en el principio del capítulo y esto es lo que sigo y tengo por verdadera relación por quanto lo cuenta San Antonino de Florencia en la IIa parte historial [ratado] XIV, c[apítulo] IV.8.5<sup>7</sup>, y Vincencio en el libro XXV de su historia<sup>8</sup>, y también que hallé en este nuestro archivo un traslado autorizado que fue sacado al pie de la letra en el año del Señor de 1413 de un libro de mano antiquísimo en el qual estaban muchos libros de crónicas y era el libro del manasterio de Sancto Domingo de Villalón, que prestó el prior de dicho monasterio al Padre Don Antón, que era entonces Abad de esta casa, para trasladar el capítulo que tratava de Carlos Magno (como allegasse) que se conforma a lo que vamos diziendo y concorda con los autores ya citados y se contiene que Carlos Magno, como llegasse a esta rivera del río Cea y estuviesse apoderado destos lugares todos un moro que se llamava Aygolando, trabosse batalla muy terrible entre los exércitos de ambas partes, y después de aver avido diversas batallas en las que los franceses fueron siempre vencedores, Aygolando pidió a Carlos Magno que le enviase mil caballeros contra otros mil suyos y luego fueron puestos en orden y concierto mil cavalleros christianos, y Aygolando hizo escoger entre todos sus cavalleros mil moros y puestos en el campo empezaron cruda batalla; mas, finalmente, murió la mayor parte de los moros y los otros volvieron rienda para su real y los christianos los siguieron hasta que entraron con los suyos y moviósse todo el real contra ellos, pero Aygolando los hizo retirar y pasaron tres días sin que ninguno dellos se moviesse. En ese espacio mandó hazer Aygolando a los nigrománticos ciertos encantamientos y le dixerón que si Carlos Magno siguiesse por entonces la guerra que perdería gran parte de su gente, entonces volviendo a cobrar ánimo el malvado de Aygolando envió a dezir a Carlos Magno que saliesse al campo con su exército que él saldría con el suyo. Carlos Magno fue contento dello y mandó apercebir toda su gente y ordenóla por sus esquadrones. El día antes de la batalla, estando los christianos en un campo llano, a donde se edificó después el hospital desta casa, hincaron las lanças en el suelo y venida la noche dexáronlas assí hincadas hasta otro día de mañana en la qual mostró Dios un muy gran milagro que en las lanças de todos aquellos que murieron en aquella batalla se hallaron verdes y floridas con cortezas y raíces como si de mucho tiempo antes uvieran sido plantadas, y dizen que algunos fresnos que oy día allí están fueron de esas lanças. Llegado

pues el día, los caballeros de Jesuchristo, aunque sin lanças se vieron, no perdieron el esfuerzo, antes, tomando mayor ánimo, con el favor y ayuda de Dios la batalla se comenzó y duró hasta la noche oscura en que, según refieren algunos autores, murieron quarenta mil christianos y entre ellos el conde Don Milón de Angleris su cuñado y capitán general de toda la armada y padre de Roldán. Mataron los enemigos el caballo de Carlos Magno y peleando a pie gran parte del día hizo cosas maravillosas de cavallería, ya que llebaban los paganos lo mejor del campo, los cavallos de los christianos muertos entraron en la batalla y pelearon con tanto concierto como si en ellos uviera entendimineto, venida la noche todos tuvieron por bien de descansar para que después mejor se pudiesen dar de las hastas; y assí el día siguiente, al tiempo que los christianos querían entrar en la batalla, fue Dios servido que llegaron a las tiendas de Carlo Magno quatro marqueses de la parte de Italia con quatro mil soldados muy valerosos. Sabiendo esto Aygolando, procuró de huir secretamente embarcándose en el mar y los christianos los siguieron haciéndoles dexar todo el fardaxe y riquezas que llevaban. Carlos Magno, como príncipe magnánimo y muy liberal que era, repartiólo todo entre los cavalleros que le vinieron a socorrer, y mandó recoger los que avían muerto.

En memoria y recordación desta gloriosa batalla reedificó Carlos Magno este monasterio de San Benito de Sahagún que avía sido ya dos veces destruido por los moros y lo adornó de muy grandes tesoros y riquezas mandando sepultar en él a su cuñado, el conde Don Milón de Angleris y otros insignes cavalleros cuyas sepulturas aun oy día se veen, mas los nombres dellos con la variedad de los tiempos en alguna manera olvidados. El sepulchro del conde Don Milón, que quedó para perpetua memoria, es muy bien labrado con su retrato de piedra de bulto, a manera de un cavallero armado con escudo y armas. Acaesció esta batalla en el año del Señor de 805 y, después que fue restaurado este monasterio, hizo luego Carlos Magno edificar en el circuito del mismo monasterio una villa muy grande, fértil y riquíssima de todo lo necessario para la sustentación humana en honrra de estos gloriosos mártires san Facundo y san Primitivo y en memoria de tan gran milagro<sup>9</sup>.

Hasta aquí el relato del P. Guardiola. Como todo erudito lector habrá reparado, nos hallamos ante una versión de la célebre leyenda épica del milagro de las lanzas convertidas en los verdes fresnos que todavía hoy embellecen la ribera del Cea a su paso por Sahagún. Esta leyenda fue recogida por primera vez en la mencionada *Historia Turpini* del *Codex Calixtinus* a mediados del siglo XII<sup>10</sup>.



*Historia del Monasterio* de Fr. Juan Benito Guardiola

La leyenda tiene una gran variedad de elementos provenientes de distintas fuentes orales, poéticas y prosísticas, que sería complicado desgranar aquí. La gran batalla de Sahagún entre Carlomagno y Aygolando con el consiguiente milagro de las lanzas descrita por el Pseudo-Turpín pudiera haber tenido su inspiración en la *Chanson d'Agoland* de fines del s. XII o principios del XIII; el episodio concreto del milagro de las lanzas, sin embargo, no parece que haya formado parte de ninguna *chanson de geste* conocida<sup>11</sup>. Por tanto, no se puede descartar la posibilidad de que la leyenda fuese inventada por el autor que se esconde detrás de la pluma de Pseudo-Turpín y que ha sido identificado con Aymeric Picaud, supuesto autor o compilador del *Codex Calixtinus*, el cual, como peregrino y autor del *Liber peregrinationis*, primera *Guía de peregrinos* a Santiago contenida también en el libro V del *Codex*, pudo haberla recogido de relatos orales que circulaban en la región<sup>12</sup>. De hecho, escribe en su *Guía*: los soldados de Carlomagno “presa de indecible admiración y atribuyendo tan gran milagro a la divina gracia, las cortaron a ras del suelo, y las raíces que quedaron en la tierra a modo de plantel engendraron de sí más tarde grandes bosques que todavía existen en aquel lugar, pues muchas de sus lanzas eran de madera de fresno” (pág. 422). Efectivamente, de fresno siguen siendo todavía hoy las arboledas junto al río.

La leyenda de la gran batalla de Sahagún y el milagro de las lanzas convertidas en plantel de fresnos, aunque no aparezca en ningún cantar de gesta conocido, tiene sin duda relaciones con la épica carolingia y la hagiografía; y estos dos elementos son, como veremos, los justificantes para que tanto Aymeric Picaud como Guardiola la incluyesen en sus relatos.

Los orígenes, como el de todas las leyendas populares, no están muy claros<sup>13</sup>. Pero todo parece indicar que surgió entre los peregrinos que, después de haber cruzado la árida estepa castellana, debían sentirse sorprendidos ante la frescura y el verdor de las praderas y las arboledas que hallaban en la vega de Sahagún, a veces comparada con la Vega de Granada. Escribe Aymeric en su *Guía*: “... después de Carrión, está Sahagún, pródigo en toda suerte de bienes, y en donde se encuentra el prado en el que clavadas las resplandecientes lanzas de los victoriosos campeones de la gloria del Señor, se dice que florecieron” (pág. 504). El “se dice” es claramente una alusión a una leyenda que cuando él escribe (hacia 1150) circulaba ya en la zona y entre los peregrinos que la habían cruzado, para lo cuales llegar a Sahagún y ver aquellas frondosas alamedas, después de haber recorrido en ambas direcciones el páramo castellano-leonés, les debía parecer un milagro viviente al cual había que dar una explicación sobrenatural muy del gusto de los medievales.

Las leyendas nacen de realidades contrastantes e inexplicables racionalmente. De estas realidades nos hablan los testimonios de la época, poniendo de relieve el gran contraste entre la vega de Sahagún y las tierras que rodeaban a la villa. Volviendo a la *Guía de peregrinos* hallamos la descripción del territorio antes de llegar a Sahagún: “... una vez pasados los Montes de Oca, hacia Burgos, sigue la tierra de los españoles, a saber, Castilla y Campos. Esta tierra está llana de tesoros, abunda en oro y plata, telas y fortísimos caballos, y es fértil en pan, vino, carne, pescado, leche y miel. Sin embargo, carece de árboles y está llena de hombres malos y viciosos” (págs. 522-523). La observación “carece de árboles” viene muy a propósito de lo que estamos ilustrando. Y por lo que se refiere a las tierras que estaban más allá de Sahagún, hacia occidente, escribe un historiador del Camino de Santiago: “A partir de Sahagún los acentos épicos de aquellos relatos se apagan para siempre. En adelante las noticias son lacónicas; parece como si el Arzobispo [de Reims] y Aymerico se hubiesen cansado de referirnos historias maravillosas. La monotonía del páramo leonés unida a su pobreza, así como la escasez relativa de lugares poblados de importancia en su trayecto, habrán contribuido a motivar este laconismo”<sup>14</sup>. A mediados del siglo XVII las cosas no habían cambiado mucho, como nos cuenta un asiduo del Ca-

mino, el boloñés Domenico Laffi, al comentar la pobreza de la tierra entre Sahagún y Mansilla de las Mulas. Al entrar en el Burgo Ranero, dice, encontró el cadáver de un romero en el que se cebaban los lobos, a los que el italiano y sus compañeros dieron caza; después buscaron en el poblado a un sacerdote para dar al peregrino cristiana sepultura y se hospedaron en el Burgo; pero el albergue era “tan pobre que fue necesario dormir en el suelo, ya que estas gentes son pastores de rebaños que viven en esta villa toda ella construida de cabañas de paja”<sup>15</sup>.

Sahagún y su vega eran para los peregrinos que iban y venían de Santiago un lugar de delicias y encanto que, comparado con los alrededores, debió ser fuente de inspiración para trovadores y cronistas con fantasía para crear leyendas y hermosas ficciones novelescas como la de las lanzas que florecieron.

#### GUARDIOLA Y LA LEYENDA

La reciente publicación de la obra de Guardiola después de cuatro siglos que yacía olvidada en un manuscrito de la Biblioteca Nacional, nos lleva a reflexionar sobre los motivos que le llevaron a incluir ésta y otras leyendas en una obra esencialmente histórica que en realidad no es más que un repertorio de diplomas y cartas a favor del Monasterio. Lo que nos sorprende en el relato de Guardiola, archivero e historiador del monasterio más famoso de la Edad Media, que puso fin a su obra cuando la crítica histórica había ya dado grandes pasos, es que en ningún momento ponga en duda la veracidad de la leyenda, cuando por su profesión conocía el parecer de cronistas peninsulares, como el *Silense*, (s. XII), el cual descarga un virulento ataque contra los cronistas carolingios, como Eginhard, y juglares franceses que iban cacareando las conquistas de Carlomagno en España y mentirosamente divulgaban la patraña de que su rey había abierto el camino de Santiago<sup>16</sup>.

Guardiola, como historiador, debía conocer la opinión del monje silense y otros cronistas a los que alude frecuentemente para reprobarlos por su incredulidad<sup>17</sup>. No obstante, recrea en los dos primeros párrafos del capítulo el ambiente histórico que habría llevado a Alfonso *el Casto* (791-842) a recurrir a Carlomagno (h.742-814) para que viniese a España y salvase su reino de la esclavitud musulmana, dedicando todo el capítulo siguiente (el IX) a narrar “las virtudes y hazañas de Carlomagno y las causas que le movieron a él y a sus cavalleros venir a favorecer a los españoles”<sup>18</sup>. En su deseo de justificar su posición (“y esto es lo que sigo y tengo por verdadera relación”), Guardiola presenta la leyenda de la gran batalla de Sahagún y el milagro de las lanzas como un hecho histórico, recurriendo a la autoridad

de autores tan reputables como San Antonino de Florencia y Vicente de Beauvais, y a la existencia de una transcripción del milagro en el archivo del Monasterio que era “un traslado autorizado que fue sacado al pie de la letra en el año del Señor de 1413 de un libro de mano antiquísimo en el qual estaban muchos libros de chrónicas y era el libro del manasterio de Sancto Domingo de Villalón” (pág. 40).

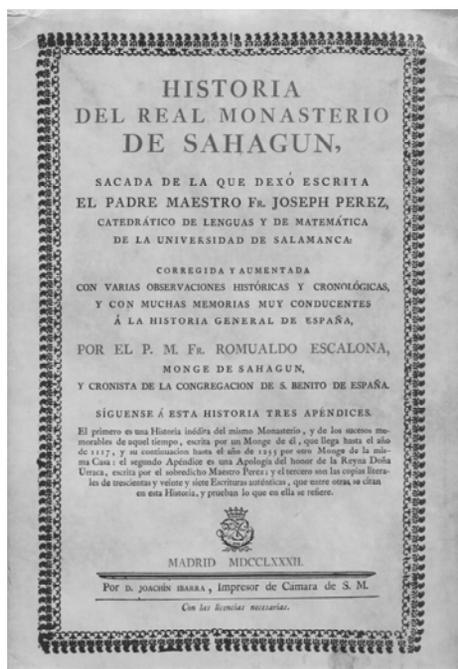
Guardiola no podía desconocer que ese “traslado autorizado” no era otro que la *Historia Caroli Magni et Rotholandi* del Pseudo-Turpín ya impugnada por el cronista de la *Silense* y otros historiadores peninsulares. Debía también saber que todo lo que la leyenda atribuye a Carlomagno como bienhechor del Monasterio, históricamente había sido llevado a cabo por Alfonso VI y así lo presenta en varios pasajes de la obra<sup>19</sup>.



Sahagún, alameda de las lanzas de Carlomagno  
(Foto J. García Nistal)

Insinúa repetidamente la existencia de opiniones contrarias de algunos escépticos sobre la venida y las hazañas de Carlomagno, pero las descarta sin contemplaciones convencido de que la suya es la verdadera. ¿Creyó verdaderamente que “los cavalleros de los christianos muertos entraron en la batalla y pelearon con tanto concierto como si en ellos uviera entendimineto”? ¿Fue Fr. Juan Benito tan crédulo, o tuvo otros motivos para aceptar la leyenda a pie juntillas? ¿Qué fue lo que le llevó a incluir en una obra histórica esta leyenda y a respaldarla con autoridades como si se tratase de un hecho histórico? Creo que la respuesta a esta pregunta puede hallarse en la peculiar idiosincrasia de Guardiola, un hombre obsesionado con la defensa a ultraza de los privilegios del Monasterio y la propaganda del mismo por todos los medios, y nada mejor que las leyendas populares que sabía eran muy del gusto de las gentes que visitaban el Monasterio y veneraban las tumbas de los mártires y los héroes allí enterrados. Pero creo que tuvo otras razones más profundas y personales que

podemos descubrir ahondado en su personalidad. Fr. Juan Benito Guardiola fue un hombre muy complejo. En la introducción a la edición de su *Historia del Monasterio de San Benito el Real de Sahagún* he recogido algunos datos esenciales sobre su vida y obra que el lector de este artículo puede consultar con mucho provecho. De ellos se desprende que la biografía del primer historiador moderno del monasterio de Sahagún está todavía por escribir. A pesar de haber sido muy conocido en su época, no sólo por sus estudios de heráldica y genealogía nobiliaria, sino también por haber reorganizado el archivo del monasterio, antes y, sobre todo, después, del incendio de 1590, cuando ocupaba el cargo de archivero, ninguno de sus hermanos de hábito, o los sucesores en el oficio, se ocuparon de él más que de paso; es como si le hubiesen hecho el vacío por algún motivo que desconocemos. Desvelar ese posible motivo es algo que me propuse llevar a cabo en dicha Introducción.



Historia del Monasterio de Sahagún del P. Escalona

El primer testimonio biográfico que de él se conserva se lo debemos precisamente al P. José Pérez de Rozas, sabio catedrático salmantino y monje de Sahagún, nacido en Aguilar de Campoo en 1640 y muerto en 1696, el cual en su *Historia de San Benito de Sahagún* (en paradero desconocido), escrita casi un siglo después de la muerte de Guardiola, dijo de él:

[...] fue monje muy aplicado a las letras y dio gran luz a las escrituras de nuestro archivo, que corrió mucho tiempo por su cuenta. Traslado muchos privilegios escritos en letra gót-

hica, muy revessada y antigua, y con esta diligencia facilitó su lectura. Tengo entendido escribió la historia desta Real Casa, que dicen para en poder del excellentísimo y eruditísimo señor marqués de Mondéxar, depósito de toda erudición, si bien a lo que pienso, más es una collección de Privilegios antiguos, y traslado del Appéndice que ponemos aquí, que historia regular y formada. Por los años 1591 sacó a luz una obra de mucha erudición y letura de la Nobleza de España. Tan poco sabré decir hasta cuándo le duró la vida<sup>20</sup>.

El P. Romualdo Escalona, asimismo archivero del monasterio y el mayor historiador del mismo, se limitó prácticamente a reproducir el pasaje citado del P. Pérez, añadiendo tan sólo que Fr. Benito Guardiola había tomado “el santo hábito en este Monasterio hacia la mitad del siglo [XVI]” y que había sido “de buena capacidad y singular aplicación a las letras, especialmente a la Historia. Vista su inclinación y talento, le destinaron los superiores al oficio de archivero de este monasterio y trabajó en él con mucho celo y buena inteligencia<sup>21</sup>”.

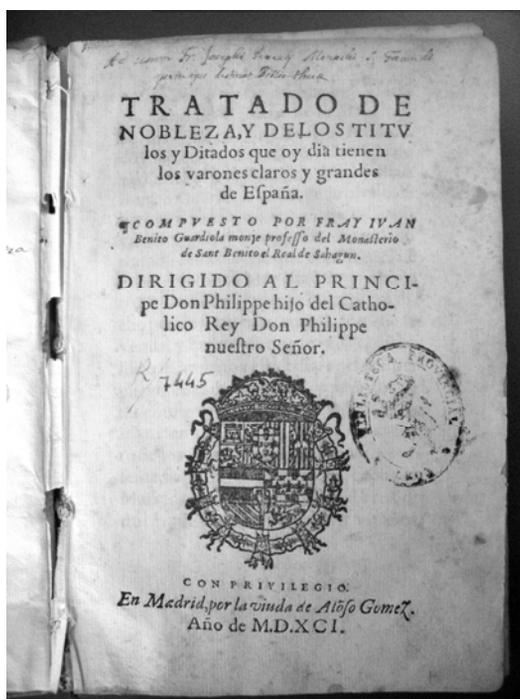
Si bien desconocemos prácticamente todo de la vida de Guardiola, por lo menos de sus orígenes estamos seguros, ya que es él mismo el que nos lo declara y repite a la saciedad, y muy orgullosamente, en todas sus obras, siempre que se le presenta la ocasión: era catalán, natural de Barcelona. En su obra *Tratado de nobleza*, al explicar el origen de *Caballero*, dice en tono sarcástico:

Cavallero suelen llamar al que anda a Cavallo, aunque sea encima de un asno. Y así *acuérdomese haver oydo siendo niño, que aconteció en la Ciudad de Barcelona, de donde soy natural*, que estando en ella el Emperador Don Carlos Quinto, y Rey nuestro Señor, de gloriosa memoria, un frenero que presumía de loçano, ligero y asseado para el exercicio de las armas, suplicó a su Magestad con muy grande osadía, que lo hiziesse Cavallero. A quien le fue respondido que subiesse a cavallo, dándole a entender que no consistía el privilegio y título honroso de Cavallero, en tener cavallo y passearse en él, sino en la Nobleza y Hidalguía de donde tenía principio y origen la cavallería<sup>22</sup>.

A pesar de sentirse muy orgulloso de su origen, no se pronuncia nunca sobre la fecha de su nacimiento o la condición social de sus padres y familia, ni sobre las circunstancias que le llevaron a ingresar en el monasterio de Sahagún. Por conjetura podemos llegar aproximadamente a la fecha de su nacimiento: si Guardiola había tomado el hábito benedictino en Sahagún hacia la mitad del siglo XVI, como nos informa Escalona, probablemente había nacido en la segunda o tercera década del

siglo, ya que la edad canónica requerida para tomar el hábito era tener, por lo menos, veinte años. De los varios indicios que se hallan en sus obras, podemos también conjeturar, con cierta probabilidad, que Guardiola tal vez naciese en el seno de una familia de la ambiciosa burguesía barcelonesa del siglo XVI, y que lo que el linaje no le dio, él aspirase a conseguirlo con sus méritos literarios (otro modo de conseguir la nobleza, según dice en su *Tratado*) y sus alabanzas de la misma que esparce a lo largo de toda la obra. Él, desde luego, creyó haber nacido para cantar las glorias de la nobleza y la hidalguía, pues éste fue sin duda el motivo que le llevó a escribir una obra tan mundana, ajena a la vida ascética y el espíritu monástico de un ferviente monje benedictino, como es el *Tratado de nobleza*; pero eso es lo que nos explica en el primer párrafo del prólogo:

Fui siempre tan naturalmente inclinado a los varones nobles y illustres, así en las letras y virtudes, como por la esclarecida antigüedad de sus linages y familias dignas de memoria, que tuve por bien de querer tomar a cargo empresa de tanto valor, como es escribir este *Tratado de nobleza*, y de los títulos y dictados que oy día tienen los varones claros y grandes de España (pliego 2r).



Tratado de Nobleza de J. B. Guardiola. Ejemplar de la Biblioteca Pública de León (foto J. Pérez Gil)

Lo que sabemos del final de sus días, alejado del monasterio, viviendo en casa de un noble, dedicado a los estudios de heráldica y genealogía nobiliaria, confirma esta su inclinación natural “a los varones nobles y illustres”, haciéndonos sospechar que Guardiola no fue tan ferviente benedictino

como a veces se nos presenta en la *Historia del monasterio de Sahagún*. De su correspondencia se desprende también que fue muy amigo de nobios seglares y que frecuentemente hizo de intermediario entre señores, y entre éstos y el monasterio. El *Tratado de nobleza* revela la personalidad de un hombre obsesionado con la nobleza de nacimiento y de los títulos con que iba acompañada; su dedicatoria “Al Príncipe de España Don Philippe, hijo del Cathólico Rey Don Philippe Segundo, nuestro Señor” no deja de ser muy significativa, especialmente cuando le dice que: “... a ninguno mejor que a vuestra Alteza me pareció podía dirigirlo... Quanto más que siendo la materia tal, como es tratar desde el principio y origen de la verdadera nobleza, no avía a quien con más título pudiese yr ofrescida que a vuestra Alteza”.

Conociendo esta idea obsesiva de nobleza<sup>23</sup>, debemos concluir que Guardiola debió ver en la leyenda carolingia la oportunidad de asociar su monasterio nada menos que con el emperador del Sacro Romano Imperio, dignidad de dignidades y nobleza sobre toda nobleza terrena.

Esto es prácticamente todo lo que sabemos, o conjeturamos, de la primera parte de la vida de Fr. Juan Benito, según los testimonios de sus contemporáneos y sucesores en el cargo de archiveros, o intuimos de algunas de sus obras. El testamento que hizo poco antes de morir, puesto a la cabeza del manuscrito (BN Ms.12882) que contiene una gran cantidad de borradores de sus obras, tampoco nos ayuda a reconstruir la primera etapa de su vida que, mientras no se descubran nuevas fuentes, queda sumida en el misterio.

Fr. Juan Benito Guardiola murió en Toro el sábado 21 de febrero de 1600. Se hallaba temporalmente en casa del corregidor de Toro, don Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar y futuro embajador de Felipe III en Inglaterra, cuando le sorprendió la muerte. Se había trasladado a Toro el mes de octubre del año precedente desde el monasterio de San Salvador de Belver para consultar la biblioteca particular de don Diego, ávido colector de manuscritos genealógicos y de crónicas, y donde esperaba hallar materiales para su historia del Monasterio. El corregidor de Toro, dadas sus inclinaciones bibliófilas, debió recibir con los brazos abiertos al insigne benedictino que, pocos años antes, había publicado un importante tratado sobre la nobleza, donde se hallaba todo tipo de información sobre un tema que sin duda fascinaba a D. Diego, la heráldica. Guardiola, al cual le gustaba codearse con la nobleza, en lugar de trabajar en su historia se dedicó a la recolección y ordenación de obras genealógicas para el conde de Gondomar el cual se aprovechó de la reconocida pericia del benedictino en materia de linages y genealogías<sup>24</sup>. La permanencia del ilustre monje fuera del monasterio tanto

tiempo y su muerte en casa del conde no sentó bien ni a su abad ni a sus hermanos de religión; y esto pudiera ser una de las razones de su desinterés por él tras su muerte. La larga permanencia de Guardiola fuera del monasterio y en casa de un seglar no dejó de suscitar malestar, tanto en Belver como en Sahagún, por la sencilla razón de que la *Regla* benedictina lo prohibía y Guardiola era perfectamente consciente de esta falla disciplinar. Pero el P. Guardiola era hombre afamado y de mucho mundo y sobre todo tenía una gran debilidad: la obsesión del alterne con la nobleza, y tal vez creía que, dada su posición de prestigio en el mundo de las letras, las reglas de la observancia monástica no le afectaban. Se conservan varias cartas intercambiadas entre los abades de ambos monasterios y el conde de Gondomar expresando las preocupaciones de sus superiores en este sentido. Es decir, en Sahagún, además de la violación de la residencia, se temía que Fr. Guardiola estuviese dedicando su tiempo a servicio del conde, en lugar de trabajar en la historia del monasterio que le había sido encomendada. Temores sin duda bien fundados, ya que Guardiola murió sin terminar su obra, en parte, por haber dedicado su tiempo en Toro a servicio de D. Diego.

Guardiola, tan orgulloso de su abadía, de la que sin duda fue un gran benemérito, que la exaltó como el centro cultural cluniacense por antonomasia de España, panteón de reyes y nobles leoneses desde hacía ocho siglos, por un accidente de la historia, ni murió en el claustro, ni fue enterrado en él, sino en la iglesia de San Ildefonso de Toro, hoy demolida para edificar un complejo de viviendas populares.

De las numerosas citas que hemos recogido de sus obras y de la correspondencia conservada se perfila el carácter y personalidad de Guardiola como un hombre culto, apasionado y orgulloso de sus orígenes, defensor incansable de los intereses económicos del monasterio y del poder señorial del abad, aunque fuese pisoteando los derechos más fundamentales de sus vasallos. Como muchas de las altas personalidades del clero del siglo XVI, Guardiola era arrogante e intransigente con cualquier ideología, secta, clase o religión que no se identificase con los cristianos viejos. Con los textos a la mano, podemos decir que Guardiola fue, en términos de nuestros días, un verdadero fanático xenófobo. Su postura ideológica extremista le debió acarrear muchos problemas con sus hermanos de religión (otro posible motivo de su olvido). Como asesor del Santo Oficio, era no sólo antijudío y antimusulmán de convicción, sino que defendía la aplicación más estricta de las normas de la Santa Inquisición y de los *Estatutos de pureza de sangre*, la expulsión de los judíos de todos los territorios cristianos y la separación tajante entre cristianos nuevos y viejos. Su fanatismo e intran-

sigencia le llevó a reprobar cualquier tipo de relación interreligiosa o interracial, llegando a posturas verdaderamente racistas. A Guardiola no le gustaban las mezclas de gentes, ni los mestizajes de ningún género. Reprueba lo que sucedió en Sahagún, como resultado de la llegada de todas aquellas gentes que poblaron la nueva villa creada por Alfonso VI, con la cita de un pasaje muy significativo del comentario al *Libro de la Sabiduría* de Roberto Holkot:

... porque la tal muchedumbre no será útil para nada, en lo que se refiere a la administración de la vida presente, porque de la misma manera que son de varias razas así son también de diversas inclinaciones; y por tanto, es muy difícil que la gente que está muy mezclada, por haber extraído su sangre pura de romanos, franceses, ingleses y bretones, pueda llegar a establecer algo útil, porque en una tal sociedad cada uno ama a sí mismo y nadie a la república (Intr., pág. XLIX)<sup>25</sup>.

Y añade el comentario marginal al cap. XIII del *Anónimo I* que no es ningún piropro para los de Sahagún: “Nótese a qué género de sospechosos pertenecen los que han nacido en este pueblo, pues proceden, por ese motivo, de tan sospechosa progenie” (pág. 282). Guardiola, como ya el *Anónimo*, en materia de mestizaje era un purista, pues estaba firmemente convencido de que las mezclas de “gentes de origen sospechoso” son malas y producen pésimos engendros.

Guardiola sin duda vivió en una época difícil por los tremendos conflictos religiosos con los conversos, los moriscos, el peligro de los turcos, el naciente luteranismo castellano y sobre todo el decline final de su amado monasterio. Pero se excedió en sus apreciaciones y no supo mantener el equilibrio de una sana crítica histórica, como hicieron algunos de sus contemporáneos. Nuestro historiador, que sin duda perteneció a aquella *élite* clerical intransigente, obsesionada con el afán genealógico y el prurito del linaje, veía mal, no ya a los falsos conversos del judaísmo o del islam, sino a todos los conversos, por más fervientes cristianos que fuesen.

Nunca hubiésemos pensado descubrir en un apacible monje benedictino, erudito y conocedor de un caudal historiográfico verdaderamente excepcional, al que nos habíamos imaginado dedicado a su trabajo oculto y silencioso en la soledad del claustro, este lado oscuro, esta actitud tan radical y dañina para la convivencia social entre los varios grupos que componían aquella sociedad española de los siglos XVI y XVII. Pero resulta evidente que Fr. Juan Benito no fue nuestro imaginado monje, sino un buen ejemplo de la inquina del catolicismo mezquino y cicatero que, por miedo a

ver su fe o su linaje contaminado, arreció sus defensas contra cualquier grupo o individuo que sobrepasase los parámetros establecidos, arbitrariamente, por una sociedad cristiano-vieja dominadora que, a partir del siglo XVI, controló no sólo la vida pública de todos sus miembros, de la cuna a la tumba, sino que se propuso hurgar en la vida más íntima de los individuos. Parece increíble, pero a Guardiola, nos lo dice claramente, le molestaban, no digo ya los musulmanes que destruyeron su querida Tarragona, o los turcos que rapiñaban sus costas, sino todos aquellos grupos que, por su condición social o religiosa, se entrometían en las estructuras tradicionales de la clase de los cristianos viejos, pretendiendo ser lo que no eran: "... enfádame, escribe, que cualquier çapate-ro quiera por sí tener armas, y hazer escudo con ellas, no perteneciéndole por su persona, o linage" (*Tratado de nobleza*, pl.38v).



Arco de Berrojo, Sahagún (foto J. Pérez Gil)

#### SEPULCRO DE MILÓN DE ANGLERIS EN SAHAGÚN

Concluye Guardiola su relato legendario sobre las hazañas de Carlomagno en Sahagún y la presencia del sepulcro de su cuñado Milón de Angleris en la iglesia abacial, afirmando:

Solía ser esta villa tan principal y bastecida de cualquier género de cosas que las crónicas francesas que tratan della la llaman ciudad, como lo refiere Nicolás de Piamonte en cap. IV del lib. III de la historia del emperador Carlos Magno la qual trasladó de lenguaje francés en romance castellano<sup>26</sup>; y ahora, pues que se ofrece ocasión, no dexaré de dezir de cómo nuestro Rmo. Padre Fray Antonio de Prado, siendo segunda vez Abbad deste monasterio, a quatro días del mes de abril del año del Señor de 1585, hizo mudar el sepulchro del susodicho conde Don Milón de donde es-

tava y pasarlo dentro de la capilla de Nuestra Señora adonde se entierran los monjes desta casa, y vimos su cuerpo el qual está dentro de un atahud cubierto de un cuero de vaca por de fuera y sus huessos enbultos en sendales de seda blanca los quales davan a entender que avía sido de alta y prócera estatura y aun estavan cubiertos de su mismo cuero, y se vee oy día puesta sobre su sepulchro una tabla con un epitafio que es éste que sigue:

INITO BELLO INTER CAROLUM MAGNUM  
REGEM CHRISTIANISSIMUM FRANCORUM  
ET AYGOLANDUM PRINCIPEM INFIDELIUM  
IN PRATIS IUXTA FLUVIUM CEYA ANNO  
DOMINI OCTINGENTESSIMO QUINTO FUIT  
CONSTITUTUS A REGE CAROLO. DUX  
EXERCITUS MILO DE ANGLERIS, PATER  
ROLANDI, QUI POST INGENTEM HOSTIUM  
AEDITAM CEDEM IN EO PRAEDIO  
MARTYRII PALMAM ADEPTUS EST.  
EIUSQUE CORPUS IN HOC REGIO  
COENOBIO SANCTORUM MARTYRUM  
FACUNDI ET PRIMITIVI SUB HOC  
SEPULCHRO CONDITUM IACET<sup>27</sup>.

Guardiola no dice cuándo se puso dicha tabla con el epitafio del héroe carolingio sobre su sepulcro, pero parece indicar que esto se llevó a cabo tras la traslación a la capilla de Nuestra Señora en 1585. En todo caso, Guardiola vuelve sobre el hecho histórico de la traslación para dar validez a la entera leyenda carolingia y concretamente al argumento de la tumba de Milón de Angleris en la iglesia monástica. Su sucesor en el archivo, y muy competente historiador del monasterio, Romualdo Escalona, que al parecer no conoció la obra de Guardiola, tal vez porque cuando él escribía ya no estaba en la biblioteca del monasterio, como parece indicar la cita del P. Pérez que pusimos más arriba (pág. 6), atribuye el origen de la leyenda sobre el sepulcro del héroe carolingio a Fr. Benito Álvarez, que fue gran músico y maestro de la Capilla musical del monasterio y muy aficionado a copiar libros y muy diligente en estudiarlos, "adquiriendo una erudición notable... Compuso en su celda una librería tan copiosa, y selecta, que se verá muy rara, que pudiera competirle en celda de religioso particular... y hoy se ven en nuestra Librería muchos de los que Álvarez tuvo con muchas notas marginales puestas por él..." (*Historia*, pág. 17a y 212b-213a). Fr. Benito Álvarez murió en Sahagún en 1656; y según Escalona, habría sido el promotor de la idea de que el fundador del Monasterio había sido Carlomagno. Evidentemente Escalona no conocía lo que había escrito Guardiola sobre la fabulosa leyenda carolingia y los orígenes de la inscripción en la tabla un siglo antes de la muerte de Fr. Benito Álvarez.



Capilla de Nuestra Señora,  
lugar de enterramientos de monjes y nobles

En todo caso, a diferencia de Guardiola, Escalona no cree ni en la veracidad de la narración de la gran batalla, ni en el milagro de las lanzas, ni tanto menos que Carlomagno reedificase el monasterio y crease una villa alrededor del mismo, leyendas cuyo origen, como archivero y historiador serio, sin duda conocía bien, pues afirma de todas ellas: “Todos los críticos saben de la poca fe que merecen, así la *Historia de Turpín*, como la del Pseudo Hautberto, y así tengo por ocioso el detenerme en repetir las impugnaciones, que otros han hecho ya de estas historias” (*ib.*, pág. 17a).

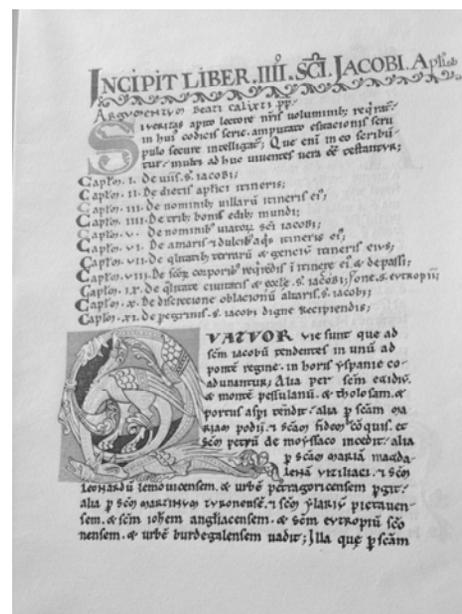
Escalona desmonta también la leyenda sobre el sepulcro de Milón de Angleris en la iglesia monástica, aseverando escuetamente: “Es cuento que esté enterrado en Sahagún” (pág. 291); y por lo que se refiere a la tabla en la que estaba su epitafio, escribe:

En tiempo del Maestro Pérez [segunda mitad del s. XVII] se quitó de sobre este sepulcro [se refiere al del conde Martín Alfonso, muy estimado de don Alfonso VI] una tabla, que debió de poner modernamente algún amante de los cronicones; en la qual tabla estaba escrito sobre un pergamino, que en el dicho sepulcro estaba el cuerpo de don Milón de Angleris, padre de Roldán; y que había muerto en la batalla que Carlo Magno dio al Rey Moro Aygolando en los campos de Cea en el año 805. Noticia sin duda del falso Turpín, o de otro cronicón semejante (pág. 236b).

Según esto, el traslado de los restos del legendario Milón de Angleris que presencié Guardiola, en realidad, habría sido el de los restos del histórico Martín Alfonso. Confusión creada por la apócrifa “tabla” en la cual creyó Guardiola. Es decir, no solo se traspuso el nombre de Alfonso VI por el de Carlomagno en las gestas y leyendas carolingias, atribuyendo a éste lo que en realidad hizo aquél, como dijimos, sino que también se traspuso el de un personaje principal de la corte de Alfonso VI, Martín Alfonso, por el carolingio Milón de Angleris.

Pero las leyendas, como los mitos que las sustentan, tienen su muerte y su transfiguración. He aquí la de Milón de Angleris y de su sepulcro (que no era el suyo sino de un héroe castellano), y la de la tabla y su inscripción. Nos lo cuanta Escalona:

Debaxo del Coro de la capilla de Nuestra Señora [donde habrían sido trasladados los restos de Milón de Angleris] se ve el sepulcro del Conde Martín Alonso, muy estimado de D. Alonso VI, en el qual leyó Sandoval su epitafio, que decía: ERA M.C.XXXI. OBIIT COMES MARTINUS ALFONSUS. ERAT, SIQUIS DE NOMINE QUERAT, FORMOSUS, SAPIENS, PROBUS, AC GENEROSUS, ARMIQUE POTENS FUIT, ETC. Ya no se lee este epitafio, por haber vuelto de arriba a baxo la lápida (pág. 236).



Guía de peregrinos del Codex Calixtinus (fol. 1r)

Y así, la célebre leyenda carolingia, recogida con afán propagandístico por Fr. Juan Benito Guardiola, después de varios siglos de metamorfosis, fue encerrada para siempre en una tumba sin nombre, desvaneciéndose ante la racionalidad y el saber histórico de Fr. José Pérez de Rozas y Fr. Romualdo Escalona\*.



H. Salvador Martínez  
New York University

<sup>1</sup> *Les légendes épiques. Recherches sur la formation des chansons de geste*, 4 vols., 3ª ed., Paris, 1929.

<sup>2</sup> La atribución de la obra al arzobispo de Reims (749-794), contemporáneo de Carlomagno, en la que se hace amplio eco de la expedición histórica del 778, cuando el ejército carolingio fue derrotado en Roncesvalles por tropas conjuntas cristiano-musulmanas, es totalmente ficticia.

<sup>3</sup> Seguimos la traducción de A. Moralejo, C. Torres y J. Feo, Santiago de Compostela, *Liber Sancti Jacobi. Codex Calixtinus*, Santiago de Compostela: CSIC, 1951, págs. 403-494.

<sup>4</sup> Entre las varias *chansons de geste* conocidas por el Pseudo-Turpín, los estudiosos de la épica francesa han mencionado: la *Chanson de Roland*, *Mainet*, *Aspremont*, *Auberi le Bourguignon*; y varias otras perdidas sobre Fouré y Ferragut, y acaso una versión primitiva de *Anseïs de Cartage*. Cfr. Bédier, *op.cit.*, III, págs. 97-98. El papel de Carlomagno en la historia y en la leyenda en relación con el tema del Camino de Santiago ha sido muy debatido entre los estudiosos, como puede verse en la citada obra de Bédier (t. III). Véanse también P. Boissonnade, *De Nouveau sur la Chanson de Roland*, Paris, 1923; R. Menéndez Pidal, *La España del Cid*, caps. III y XVIII; y sobre todo M. De Menaca, *Histoire de Saint Jacques et de ses miracles au Moyen-Age (VIIIe-XIIIe siècle)*, Nantes, 1987.

<sup>5</sup> En la *Guía de peregrinos* (libro V del *Codex*) se recomienda: “Igualmente se han de visitar los cuerpos de los santos mártires Facundo y Primitivo, cuya basílica levantó Carlomagno; y junto a la villa de éstos se encuentran los prados con arbolado en los que clavadas las florecieron las astas de las lanzas de los guerreros, según se cuenta. Se celebra su solemnidad el 27 de noviembre” (pág. 549).

<sup>6</sup> La leyenda de Milón y Berta se cuenta en el poema franco-italiano *Berta e Milone*, del siglo XIII. Cfr. Bédier, *op. cit.*, II, pág. 112. Cfr. A. Mussafia, ed., “Berta e Milone-Orlandino.” *Romania*, 14 (1885), 177-206; Ruggiero M. Ruggieri, “Berta e Milone. Testo. Versione”, en *L'influsso francese in Italia nel Medioevo* ed. R. Ruggieri, Roma: DeSanctis, 1969, págs. 207-231.

<sup>7</sup> Antonino de Florencia, O.P. († 1459), *Chronicorum opus*, in tres partes divisum ... emendatum et auctum, atque annotationibus illustratum..., opera et studio Petri Matvi, Lugduni, Ex officina Iuntarum, 1587, IIa parte t[ratado] XIV, c[apítulo] IV.8.5.

<sup>8</sup> De Vicente de Beauvais († 1264), *Speculum historiae*, existieron numerosas ediciones antes del 1600.

<sup>9</sup> Fr. Juan Benito Guardiola (h. 1530-1600), *Historia del Monasterio de San Benito el Real de Sahagún* (Según el Ms. 1519 de la BN), ed., intr., y notas de H. Salvador Martínez, León: Universidad de León, 2009, págs. 39-43.

<sup>10</sup> *Liber Sancti Iacobi*, ed. W. M. Whitehill, *Liber Sancti Jacobi. Codex Calixtinus*, ed. W. M. Whitehill, 3 vols., Santiago de Compostela, 1944, lib. IV, cap. VIII; y la trad. citada en la nota 2. Sobre el *Codex Calixtinus*, véase el espléndido estudio de M.C. Díaz y Díaz, *El Códice calixtino de la Catedral de Santiago. Estudio codicológico y de contenido*, Santiago, 1988.

<sup>11</sup> Se menciona de pasada, al parecer, en *Gui de Bourgogne* (v. 319), canción de gesta compuesta después de 1211, como demostró Antoine Thomas (*Romania*, 26, pág. 280); por tanto, muy posterior a los textos del *Codex Calixtinus*; pero dada la incertidumbre en las fechas cabe pensar que tanto *Gui de Bourgogne* como la *Chanson d'Agoland* dependen del *Codex* y no viceversa.

<sup>12</sup> Del *Liber peregrinationis* hizo una espléndida traducción y comentario M. Bravo Lozano con el título *Guía del peregrino medieval (“Codex Calixtinus”)*, Sahagún: Centro Estudios Camino Santiago, 1989.

<sup>13</sup> Los estudiosos de la épica han visto en la leyenda carolingia un reflejo de los conflictos armados entre los cristianos y los ejércitos de Almanzor (914-1002) durante las varias *razzias* que el caudillo musulmán llevó a cabo en la zona. Cfr. L. Vázquez de Parga, J. M. Lacarra y J. Uría Rúa, *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, 3 vols., Madrid, 1948-1949, ed. facsímil, Gobierno de Navarra, Departamento de Cultura, 1993, II, págs. 223-232.

<sup>14</sup> L. Vázquez de Parga, *Las peregrinaciones*, II, pág. 232.

<sup>15</sup> Domenico Laffi, *Viaggio in Ponente a San Giacomo di Galitia e Finisterrae... Aggiuntovi molte curiosità doppo in suo terzo Viaggio a quelle parti...*, Terza Impresione, in Bologna, 1681 [primera ed. 1673], pág. 184.

<sup>16</sup> “Fuera de Dios Padre, que castiga los pecados de los hombres con la vara de su misericordia, nadie de las gentes extranjeras se sabe que haya ayudado a España a levantarse de tanta ruina. Ni siquiera Carlos, del cual falsamente afirman los francos que haya arrebatado algunas ciudades aquende los Pirineos de manos de los paganos” (*Crónica Silense*, en H.S. Martínez, *El “Poema de Almería” y la épica románica*, Madrid: Gredos, 1975, pág. 273).

<sup>17</sup> “Algunos, como poco leydos y curiosos, con gran dificultad vienen a reconocer que Carlo Magno ni otros príncipes y grandes señores estrangeros viniessen a España a favorecer a los amigos vecinos y moradores de ella en el tiempo que padecían muy grandes trabajos y adversidades, menospreciando la autoridad de muy graves y sanctos varones que cerca desto escriven; y ya que no se quieren dar por convencidos con esto que tengo puesto, determino de darlo a entender por lo siguiente” (pág. 45).

A renglón seguido pasa a narrar las hazañas de Carlomagno, desde su peregrinación a Santiago a su coronación como emperador por el papa León III, “monje que fue de esta sanctissima orden” (pág.48).

<sup>18</sup> Este capítulo IX en el que se narra toda la historia de D. Rodrigo, el último rey godo, está sacado del cronista (más bien novelero) de D. Rodrigo, es decir, Pedro de Corral que escribió hacia 1450 su *Crónica del rey Don Rodrigo*, o *Crónica Sarracina*, de la cual circularon varias ediciones anteriores a Guardiola, la más próxima, con varias añadiduras e interpolaciones, fue la de 1587. Véase ahora la edición de J.D. Fogelquist, *Crónica del rey Don Rodrigo = Crónica Sarracina*, 2 vols. Madrid: Editorial Castalia, 2001.

<sup>19</sup> Recientemente los estudiosos de la épica francesa han puesto de relieve que detrás de la figura de un

Carlomagno legendario se hallaría el personaje histórico Alfonso VI, que Aymeric Picaud, supuesto autor o compilador del *Codex Calixtinus*, habría traspuesto en el personaje carolingio. Cfr. A. de Mandach, *Naissance et développement de la Chanson de Geste en Europe*, 2 vols., I, Paris, 1961, págs. 60-72; R. Menéndez Pidal, *Poesía juglaresca y juglares. Aspectos de la historia literaria y cultural de España*, 5a ed., Madrid: Espasa-Calpe, Austral, 1962, pág. 185; K. Herbers, *Política y veneración de santos en la Península Ibérica. Desarrollo del "Santiago político"*, Pontevedra, 1999, págs. 57-58; y sobre todo E. Von Richthofen, *Nuevos estudios épicos medievales*, Madrid: Editorial Gredos, BRH, 1970. Para una breve pero enjundiosa exposición histórica de las relaciones de Alfonso VI con Sahagún, véase J. Pérez Gil y J.J. Sánchez Badiola, *Monarquía y Monacato en la Edad Media peninsular: Alfonso VI y Sahagún*, León: Universidad de León, 2002, especialmente las págs. 155-192.

<sup>20</sup> Texto citado por J. Puyol y Alonso, *El abadengo de Sahagún. (Contribución al estudio del feudalismo en España)*. Discurso leído en el acto de su recepción en la Real Academia de la Historia ... el día 21 de marzo de 1915, Madrid: Imprenta de la sucesión de M. Míñesa de los Ríos, 1915, pág.288, nota 1. La afirmación: "... más es una collección de Privilegios antiguos, y traslado del Appendice que ponemos aquí", claramente indica que el P. Pérez conoció de alguna forma el texto de Guardiola pues lo describe exactamente como lo que es: una colección de documentos y no una historia formal.

<sup>21</sup> *Historia del Real Monasterio de Sahagún, sacada de la que dexó escrita el Padre Maestro Fr. Joseph Pérez*, Madrid: Por D. Joachin Ibarra, Impresor de Camara de S.M., 1782, lib.VII, cap.II, pág. 209.

<sup>22</sup> *Tratado de nobleza, y de los títulos, y ditados que oy día tienen los varones claros y grandes de España. Compuesta por Fray Juan Benito Guardiola, monje professo del Monasterio de San Benito el Real de Sahagún. Dirigido al Príncipe don Felipe hijo del Católico Rey don Felipe nuestro señor*. Con Privilegio. En Madrid, por la Viuda de Alonso Gómez, Año de MDXCV, cap. XXXII, pliego 80r-v. Sobre ésta y otras obras nobiliarias inéditas de Guardiola, véase el estudio de J. A. Guillén Berrendero, "Juan Benito Guardiola. Honor y nobleza en el siglo XVI. Pervivencia y "mudanza" en los valores nobiliarios", *Brocar*, 28 (2004) 117-143. No he podido consultar su Tesina *Los valores nobiliarios en la Castilla de la segunda mitad del siglo XVI. Los conceptos de virtud y honor en Juan Benito Guardiola y Francisco Miranda Villafañe*, Madrid: UCM, 2000.

<sup>23</sup> "Ellos son, escribe, los conocidos, claros, ilustres y resplandecientes, con sus virtudes y heroycas obras y en cuya memoria les fueron dadas insignias y armas particulares, como premio y galardón de sus trabajos" (*Tratado*, pl.2r.).

<sup>24</sup> Sabemos que en fechas muy próximas a su traslado a Toro, Guardiola había remitido a D. Diego desde Belver (29 de septiembre de 1599) una carta que le había enviado Gil Ramírez de Arellano desde Valladolid el 2 de agosto de aquel mismo año en la que se ofrecían noticias requeridas por don Diego sobre el apellido

Figuroa. Esta carta de Guardiola se conserva en la Real Biblioteca, Ms.II/2138, carta 192. La de Gil Ramírez de Arellano, por el contrario, se halla en un volumen de papeles varios, en su mayoría autógrafos de Guardiola y sin numeración, en la Biblioteca Nacional, Ms.12882. Don Gil Ramírez de Arellano fue oidor de la Real Chancillería de Valladolid hasta su traslado a Madrid el 13 de abril de 1600 para servir como fiscal del Consejo Real. Cfr. P. A. Escapa, "Juan Benito Guardiola en la librería del conde de Gondomar. Nuevas aportaciones a su biografía y a la escritura de la *Historia de San Benito el Real de Sahagún*", en J. Paniagua Pérez y M. I. Viforcós Marinas, *Fray Bernardino de Sahagún y su tiempo*, León, 2000, pág.73 nota 15; y pág.71 nota 8.

<sup>25</sup> Y cfr. R. Holkot (+ 1349), *Opus super Sapientiam Salomonis*, Spier: Peter Drach, 1483.

<sup>26</sup> Nicolás de Piamonte, *Hystoria del Emperador Carlo Magno y d' los doze pares de Francia: y de la cruda batalla que uvo Oliveros con Fierabrás Rey de Alexandría, hijo d'l almirante Balán*, [traducción de Nicolas de Piamonte de la *Conqueste du grant roy Charlemagne des Espaignes de Jean Baignon*], Salamanca: Iuan de Iunta, 1544.

<sup>27</sup> *Historia*, pág. 43. Del sepulcro de Milón de Angleris en Sahagún se ocupa también en el *Tratado de nobleza*, pl. 46r.

\* Epílogo: el sepulcro de Martín Alonso, como todos los sepulcros de la iglesia abacial, en 1821, tras la expulsión de los monjes del monasterio, fue profanado, saqueado y arrojado de la iglesia; algunos de aquellos históricos sepulcros llegaron a ser empleados como pilas y abrevaderos de animales. ¡Triste final de una historia gloriosa, víctima de la ignorancia, el fanatismo y la rapiña!